

RESEÑA

DENISE D. MERINGOLO (ED.), *Radical Roots: Public History and a Tradition of Social Justice Activism*, United States of America, Amherst College Press, 2021, 622 págs.

Radical Roots es una compilación de veintidós artículos más una introducción y una conclusión, editada por la reconocida historiadora pública Denise D. Meringolo, que trata cuatro grandes áreas en las que la historia pública se ha desarrollado: la historia oral, la educación pública, los museos y los movimientos de base.

La variedad de tópicos que aborda el libro –un pequeño museo judío de los años 30 del siglo pasado en la ciudad de Nueva York cuyo curador Paul Romanof propuso una osada agenda de descentralización de la museografía hegemónica, la experiencia del campo Woodland en las afueras de la ciudad de Fenicia y su pedagogía progresista a mediados del siglo XX, o los movimientos de la comunidad LGBTQ y de los indios en Estados Unidos en las décadas de los 70 y 80 para rescatar y poner en valor su historia como recurso identitario– tienen como elemento común que se trata de prácticas de historia pública cuyos objetivos son el reconocimiento de minorías largamente olvidadas, el mejoramiento de la vida de otros y el logro de justicia social, todo ello con un objetivo que sin duda es político.

La primera sección: “*Raising Consciousness or Raising Hell: New Narratives for Oral History*”, comprende seis artículos sobre diferentes iniciativas de historia oral desarrolladas en comunidades diversas de Estados Unidos. El primero de ellos, titulado “*Allan Nevins Is Not My Grandfather: The Roots of Radical Oral History Practice in the United States*”, cuyo autor es Daniel R. Kerr, sitúa al lector con el tipo de historia oral que trata esta sección: una que está enraizada en los esfuerzos por conjurar el olvido y traer al presente las vidas de personajes y grupos, como lo son las minorías étnicas y raciales del país, que han sido marginadas de las narrativas históricas tradicionales.

Para quienes enseñamos historia oral y trabajamos con fuentes orales en nuestras investigaciones, el título del artículo de Kerr es provocador e interesante ya que, en el ámbito académico, Allan Nevins es en efecto el nombre que surge cuando se habla de la institucionalización de la historia oral en Occidente a mediados del siglo XX. Pero tal como lo expone Daniel R. Kerr, esta especialización se desarrolló mucho antes de que Nevins llegara a escena poniendo su mirada en los hombres de elite blancos en Estados Unidos. Esta antesala de la historia oral reconocida se desarrolló en el caso de Estados Unidos en las comunidades de base y se nutrió de la influencia de intelectuales como Paulo Freire. Los artículos de esta sección demuestran que esta disciplina utilizada por las comunidades de base tiene otros recorridos, otras metodologías, pero sobre todo otros propósitos que la historia oral de cuño académico. Sin embargo, no son ‘menos

historia oral' que la corriente que partió con Nevins. En esta línea, creo que es importante sistematizar su desarrollo vinculado a la historia pública, tal como lo ha hecho la historia oral académica, identificando estas antesalas, poseedoras de su propia historicidad, de sus propios hitos y nombres relevantes, con lo que contribuimos a ampliar los horizontes de esta disciplina como corriente histórica y como metodología.

¿Qué demuestran estas experiencias de historia oral que surgen en ámbitos no académicos? En primer lugar, el acceso a nuevas formas de conocimiento de personas que han estado sujetas a opresión, que han sido invisibilizadas de las corrientes hegemónicas del discurso pero que, pese a ello, han dejado huella en la historia como activistas, como líderes sociales y comunitarios o como trabajadores y trabajadoras de base. En segundo lugar, a través de las narrativas orales se ha buscado un cambio en la vida de las personas como es el caso de los proyectos que tuvieron lugar en las décadas de los 60 al 80 para que mujeres trabajadoras tomaran conciencia de su condición de opresión en sus vidas cotidianas y bajo un sistema patriarcal. A través de grupos en que compartían sus historias, estas mujeres fueron descubriendo que lo personal es político, sobre lo cual reflexiona Anne M. Valk, en “*Recalling Our Bitter Experiences’: Consciousness Raising, Feminism, and Women’s Oral History*”.

Las formas en que estos proyectos toman forma y se van constituyendo se distancian de las formas académicas de realizar historia oral, porque los propósitos son otros. Del mismo modo, los archivos resultantes son de naturaleza diferente; no están concebidos de manera primordial como una fuente de consulta para académicos. Así por ejemplo María Cotera, activista chicana y académica que impulsó el rescate de las historias de vida de dirigentes chicanas en Estados Unidos, así como la formación de un archivo, piensa a este último como encuentro, diálogo y como una nueva forma de comunicación. Es interesante que utilice el término ‘encuentro’ en español, ya que engloba todo lo que esto significa para la cultura chicana, incluyendo la dimensión afectiva y sensorial a través de alimentos que son compartidos. Si hay una expresión que sintetiza todas estas experiencias de historia oral desde las raíces, escogería la que acuña Jeremy Brecher, entrevistado por Daniel R. Kerr en “*We’re All Bozos on This Bus’: An Oral History with Jeremy Brecher*”, “una forma de dignidad”.

La segunda sección del libro titulada “*Place-based Pedagogies: Origins of Public History Education*” está compuesta por seis artículos que refieren a prácticas de educación ancladas en diversas comunidades de Estados Unidos. El denominador común de estas experiencias –situadas en distintos momentos del siglo XX– es la búsqueda por ampliar los contenidos de la historia a través de la educación, por ejemplo, reivindicando a la población afroamericana, largamente invisibilizada y menospreciada, o bien, contando historias no contadas como señala Elizabeth Belanger. Junto con esta ampliación democratizadora y dignificadora, los proyectos aludidos se proponen impactar en las comunidades, abordando las fisuras en su interior, cuestionando las prácticas excluyentes y desafiando al racismo. A través de prácticas innovadoras y en algunos casos adelantadas a su tiempo, estos proyectos contribuyeron a afianzar conceptos pedagógi-

cos, como por ejemplo el de *shared authority*, según el cual los expertos deben dialogar con los sujetos de sus investigaciones más que imponer sus interpretaciones, algo que explora William S. Walker en su artículo sobre el historiador público Louis C. Jones. También se trata de proyectos que innovan en sus formas educativas, como lo hace Elizabeth Belanger quien, a través del arte aplicado al trabajo comunitario, involucra la dimensión afectiva al proceso de aprendizaje.

La tercera sección, “*Sites of Discord and Dialogue: Museums in Progress*” reúne cinco artículos muy sugerentes sobre historia pública y museos en Estados Unidos. En ellos se reflexiona en torno a experiencias tan diversas de museografía como la que expone Rebecca Amato sobre el *Lower East Side Tenement Museum*, que pese a su narrativa progresista fue tildado de gentrificador por los vecinos del lugar donde el museo se emplaza, o la de Nicole A. Moore una historiadora pública afroamericana, que cuestionó y desafió las narrativas sobre los sitios esclavistas en Estados Unidos tensionado el discurso y proponiendo nuevas formas de acercamiento al público. En su mayoría, estos artículos reflexionan en torno a prácticas museográficas que confrontaron el discurso dominante en sus respectivos contextos espaciales y temporales. Desafiando las voces oficiales o la visión hegemónica, curadores y museólogos propusieron visiones conectadas con la realidad social en la que los museos se encontraban situados, haciéndose cargo de las problemáticas de las comunidades que habitaban su entorno. Se trata de museos y sitios de memoria que incorporaron al público a través de recorridos guiados que permitieron la interlocución —como es el caso de la visita educativa basada en las historias de los esclavos creada por Nicole A. Moore— o bien evidenciaron la historia común, pese a las diferencias, como ocurre con la propuesta de Paul Romanof, curador del *Museum of Jewish Ceremonial Objects* en la ciudad de Nueva York.

Si bien estamos en una época en que muchos museos alrededor del mundo se han transformado en piezas vitales insertas en la sociedad, contribuyendo a elaborar pasados complejos o abordando de manera crítica problemáticas acuciantes no resueltas, los artículos de esta sección son una contribución indiscutida para pensar cómo la historia pública puede aportar a la museografía actual. Desde la incorporación de personajes no considerados en la narrativa histórica divulgada comúnmente, como ocurre con las poblaciones indígenas y afroamericana estadounidenses hasta el rol que los museos tienen en las localidades en que están situados, como es el caso del Museo del Barrio de Anacostia en el Instituto Smithsonian, que hizo visible y puso en valor la historia y la identidad afroamericana, exponiendo problemáticas sensibles y relevantes para la comunidad.

La última sección del libro, “*Public History from the Ground Up: Cultural Heritage as Community Building*” está compuesta por cinco artículos que exponen y reflexionan sobre prácticas de historia pública surgidas desde las comunidades de base. Los artículos incluyen experiencias de colectividades LGBTQ y de indígenas estadounidenses que en las décadas del 70 y del 80 del siglo XX lucharon por narrar sus historias para ponerlas en valor y utilizarlas como fuente de identidad, así como iniciativas de recuperación de sitios históricos con significado cultural para diversas minorías étnicas en Estados

Unidos, entre otras. Esta sección permite comprender el amplio significado que la historia adquiere en las prácticas de historia pública, actuando como dispositivo de articulación identitaria para las comunidades que han sido objeto de discriminación y opresión, así como recurso simbólico que promueve luchas por la justicia social y la equidad en el presente.

A modo de síntesis, la compilación de artículos que ofrece este libro tiene varios méritos. Entrega una visión de cómo en Estados Unidos se ha practicado la historia pública en el presente y en retrospectiva histórica, bajo la premisa de que mucho antes de que el término fuese acuñado la práctica ya existía en una amplia gama de campos. En paralelo, evidencia que en la gran mayoría de los casos que este libro presenta, la historia pública se ha desarrollado a pulso, por la iniciativa, determinación y constancia de comunidades, activistas o académicos comprometidos con el cambio y la justicia social. Las experiencias muestran los obstáculos y desafíos que han debido enfrentarse en diversos contextos históricos, sobre todo cuando se considera que la gran mayoría de ellas, van a contracorriente de los discursos hegemónicos y del *establishment*. La heterogeneidad de casos evidencia cómo en historia pública la interdisciplinariedad es un enfoque fundamental para llevar a buen puerto los procesos de cambio. El arte en particular es un recurso que las propias organizaciones, así como los historiadores públicos comprometidos con ellas, utilizan permitiendo que nudos de significado emocional presentes en las vidas de las personas y colectividades, puedan expresarse y elaborarse permitiendo el salto hacia el cambio. Las emociones son parte de algunos de los procesos relatados, las cuales son validadas entendiendo que más que el resultado concreto —un libro, un archivo de historia oral, entre otros— lo relevante y significativo es el proceso a través del cual los involucrados van produciendo conocimientos, articulando identidad y adquiriendo dignidad.

Si bien en la introducción se advierte que hay una ausencia de amplitud geográfica en los casos de historia pública que el libro recoge, creo que el vacío al que se alude es una de las debilidades que este tiene. La totalidad los casos están centrados en Estados Unidos, quedando por lo tanto una gran interrogante por los desarrollos de la historia pública alrededor del mundo. Otro ámbito que, a mi juicio, podría haberse desarrollado mucho más es el de la relación que se produce entre la historia centrada en la academia y la historia pública. Si bien en algunos de los artículos se dejan ver las tensiones y conflictos, pero también las sinergias que se producen entre ambos dominios, creo que una mayor reflexión se hace necesaria. Sobre todo, en una era en que las exigencias crecientes impuestas a la historia académica, puede apartar más aún ambos campos, encerrando a la primera en su torre de marfil desligada de las necesidades y problemáticas urgentes de las sociedades actuales. Creo que ambos terrenos de la historia se beneficiarían del diálogo y de la cooperación mutua, y en particular la historia pública podría aportar al campo académico de la historia conceptos anclados en sus prácticas, tales como autoridad compartida, cooperación interdisciplinaria y atención por las condiciones y problemáticas de la sociedad actual. Con todo, el libro es una entrada estimulante a la práctica de la historia pública

en Estados Unidos, que permite reflexionar sobre el rol político de esta y su dedicación al cambio que, pese a sus obstáculos y tensiones, ha demostrado la posibilidad de construcción de un mundo mejor, y como lo sugiere el título, ello es radical.

NANCY NICHOLLS LOPEANDÍA
Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile